

EL MUNDO DESPUES DE COLON



UN mundo que había evolucionado en torno a focos geográficos y núcleos humanos desconectados entre sí por las distancias terrestres, que eran barreras difíciles de superar, se ve de pronto convertido en una unidad con posibilidades ciertas de vincularse con relativa facilidad a través del medio marino.

La revolución colombina generó como efecto principal una poderosa onda de propagación del vínculo marítimo entre las naciones más distantes. El comercio mundial, el surgimiento de imperios y la proyección cultural a miles de millas de distancia asignaron a las vías marítimas el rol de agentes insustituibles para el ejercicio de todas las clases de poder, en niveles de intensidad nunca antes conocidos.

La importancia del transporte marítimo fue de tal entidad y significación que quien no pudiera protegerlo quedaba impedido, no ya de surgir como pueblo, sino siquiera de mantener su nivel de vida.

El poder naval se alzó así no sólo como una necesidad imperiosa para subsistir y progresar; adquirió además, definitivamente, su carácter singularísimo, que mantiene hasta nuestros días, de ser el instrumento de la política exterior que facilita, como el que más, un regulado empleo de la fuerza. En estrecha concordancia con los procedimientos de variado tipo que el poder político decide aplicar en cada caso, siempre dispone de alguna modalidad estratégica adecuada para enfrentar cualquier situación surgida en el seno de la complicada vida internacional.

Todo lo anterior se inserta en un efecto mucho más global, derivado del vuelco en la conformación geográfica del planeta surgido de la hazaña de Colón. El hecho concreto es que por dicho suceso se produce el quiebre de las estructuras políticas, económicas y culturales vigentes, frente a lo cual las grandes potencias europeas, algunas primero y otras después, se fueron proyectando fuera de sus ámbitos tradicionales. En lo fundamental, se había producido un violento giro geopolítico que cambió la faz del mundo.